



No todo vale

Jordi Gual

Profesor de IESE

La tiranía del éxito



Dinero, fama y poder. Estos son los baremos del éxito en nuestra sociedad. Son el reflejo de valores dominantes, como el individualismo y el materialismo. Pero también de pulsiones básicas del ser humano, que ansía la seguridad económica, el reconocimiento de los demás y controlar su entorno social.

Dejo para los filósofos morales el dictamen sobre esos valores dominantes. Desde la perspectiva de la economía, el problema del dinero, la fama y el poder como indicadores de éxito personal es que son, en gran medida, bienes posicionales. Es decir, bienes que se disfrutan solo si uno los goza en exclusiva o, al menos, en una posición preferente frente al resto de la gente. La fama, por definición, está reservada a unos pocos. Si todo el mundo fuera famoso, el propio concepto no tendría sentido. Del mismo modo, el poder, en las organizaciones y en la sociedad en general, se concentra en unas pocas manos. Y se debilita si se comparte. Es menos poder. Con el dinero sucede algo parecido, y aunque la generación de riqueza no es un juego de suma cero, su disfrute muchas veces sí lo es. Los seres humanos a menudo no aspiramos simplemente a tener más, sino a tener más que el vecino, el amigo o el conocido.

Si los valores que prevalecen en nuestra sociedad nos espolean a perseguir el dinero, la fama y el poder, no es sorprendente que esta sea una receta para generar la frustración y el resentimiento en las personas. Por definición, van a ser muy pocos los que consigan esos objetivos.

En un libro reciente el profesor Michael Sandel cuestiona que el éxito se alcance por el mérito. Cree que es más bien debido al azar o a las

Presión
La sociedad nos espolea a perseguir el dinero, la fama y el poder, una receta que genera a la vez frustración y resentimiento

ventajas derivadas de la posición social de la que parte cada uno en la aventura de la vida. Sin embargo, creo que esta no es la cuestión relevante. Lo importante es lo que aclamamos o recompensamos como sociedad.

Por suerte, en nuestra sociedad también son muchas las personas para las que el éxito personal en la vida no es ni el dinero, ni la fama, ni el poder. Personas que priorizan el bienestar de sus familias, amistades y de la comunidad en general, y se centran en su mejora, día a día, como seres humanos. Progresaremos como sociedad cuando abandonemos la tiranía del éxito y sepamos reconocer socialmente la labor anónima de muchas personas que rigen su vida con valores menos mundanos.

Es verdad, como dice Sandel, que una actitud más humilde de aquellos que gozan del éxito convencional sería positiva. Y también lo sería que pusieran sus habilidades innatas y su capacidad de esfuerzo al servicio de la comunidad. Pero muchos ya lo hacen y son, además, conscientes de la suerte que han tenido en la vida. Llegar al extremo de descartar el mérito como criterio clave para asignar responsabilidades en nuestra sociedad es temerario, puesto que nos llevaría a la arbitrariedad y el nepotismo. Las sociedades que avanzan son aquellas en las que se fomentan la igualdad de oportunidades, el talento y el esfuerzo. |